

tigación incluye, entre otros, las con/vivencias y las ciencias de la literatura en el ámbito hispanófono y francófono, los estudios de transárea, la literatura en movimiento y la literatura sin residencia fija. Correo electrónico: ette@uni-potsdam.de.

Christian Rohe

Río 2016: el mensaje detrás de los “Juegos de Brasil”

“Ésta no es una victoria individual, sino una victoria de 190 millones de almas, una victoria del continente sudamericano, una victoria de toda América Latina” (Luiz Inácio Lula da Silva, DPA, 2.10.2009).

El 2 de octubre de 2009, la ciudad brasileña de Río de Janeiro se convirtió en la primera ciudad sudamericana en organizar unos Juegos Olímpicos y en la segunda ciudad latinoamericana en recibir este honor tras México en 1968. Con una emocionante presentación en el congreso del Comité Olímpico Internacional (COI) en Copenhague, en la cual figuraban, entre otros, el gobernador de Río, el presidente del Banco Central brasileño y el propio presidente de la República, Luiz Inácio Lula da Silva, la *ciudad maravillosa* logró imponerse sobre competidores de peso internacional y ganó el derecho a los juegos de 2016. Cuando fue anunciada la victoria de Río, estalló la fiesta en la playa de Copacabana. Pero también hubo brindis en las trastiendas del poder, tanto en Río como en Brasilia. El interés político por obtener estos juegos era fuerte, como quedó demostrado por la presencia de altos representantes del gobierno en Copenhague. Más allá de una simple cuestión deportiva, los políticos brasileños ven en los juegos, como también en el Mundial

de Fútbol de 2014, una oportunidad única para rediseñar la imagen que el mundo tiene de su país.

Este artículo analiza las consecuencias de la decisión del COI sobre la posible percepción de la ciudad de Río de Janeiro y de la República Federativa de Brasil en la década de 2010-2020. Para la ciudad, los juegos prometen revertir un constante proceso de decadencia que se inició hace casi cincuenta años atrás. Después de décadas en las cuales Río aparecía en las noticias internacionales sobre todo por su violencia urbana, las autoridades encontraron en los Juegos Olímpicos la oportunidad de mostrar el otro lado de la ciudad, atrayendo con ello turismo e inversiones. En la historia olímpica, tal actitud se compara con lo acontecido con los juegos de Barcelona en 1992.

Mientras tanto, la estrategia del gobierno federal brasileño se fija más en los ejemplos de Seúl 1988 y Pekín 2008. En estos casos, países emergentes aprovecharon el evento deportivo para deshacerse de viejos estereotipos tercermundistas, mostrando al mundo su avance económico y social a través de grandes proyectos de infraestructura y una impresionante cosecha de medallas. Es éste el mismo reto de Brasil, que ambiciona demostrar que sus logros de los últimos años son comparables a los de sus pares asiáticos.

Medio siglo de decadencia

Para muchos cariocas, como los habitantes de Río de Janeiro suelen ser llamados, la fecha en que comenzó la decadencia de su ciudad fue el 21 de abril de 1960. Este día se inauguró la nueva capital federal, Brasilia, levantada artificialmente en pocos meses sobre la meseta del interior brasileño. La antigua capital, Río, perdió de repente no sólo su función como ciu-

dad principal del país, sino también la mayoría de los empleos asociados al gobierno federal, que habían constituido gran parte de su economía urbana. Río nunca había sido un centro industrial ni financiero, ambos sectores claves de su eterno rival, São Paulo, que ya había superado a Río en términos de población durante los años cincuenta. Con la retirada de los ministerios, la ciudad se vio aún más obligada a focalizar su atención en el turismo, sector que había comenzado a desarrollarse en los años veinte con la construcción de grandes hoteles en la playa de Copacabana. Para una ciudad bendecida con un paisaje espectacular y una abundancia de playas, parecía la opción económica más prometedora.

Sin embargo, los años sesenta también dieron inicio a la ola de violencia que ha perturbado a Río desde entonces. Tal comienzo ha sido conectado directamente a la situación en las favelas, asentamientos irregulares ubicados sobre las colinas de la ciudad, que ya habían existido desde el inicio del siglo xx. Esta forma de vida creció explosivamente a partir de los años sesenta, cuando un gran número de inmigrantes internos llegó a la ciudad desde el Nordeste brasileño. La población de la ciudad, aunque ya no fuera la capital federal, se duplicó a partir de 1960, de tres a seis millones de habitantes, llegando hasta catorce si se agrega la región metropolitana. La simultaneidad de estos dos fenómenos, estancamiento económico y crecimiento demográfico, conllevó un auge del crimen, dada la falta de empleos adecuados, que fue agravado por la aparición del narcotráfico y de las bandas criminales organizadas, como el Comando Vermelho o los Amigos dos Amigos.

Mientras la dictadura militar en Brasil dejó a las favelas en el abandono, estableciendo *orden y progreso* solamente en los barrios oficiales de la ciudad, los gobier-

nos democráticos a partir de 1985 intentaron restablecer el orden civil en las zonas antes abandonadas. Este cambio fue influenciado en cierta medida por factores externos, ya que la imagen de la ciudad en el exterior comenzaba a deteriorarse y el turismo entró en declive. Sin embargo, la entrada de la policía en áreas controladas por bandas criminales llevó a confrontaciones aún más violentas. La policía, mal preparada para este trabajo y bajo constantes acusaciones de corrupción, fue vista rápidamente como una fuerza enemiga por los habitantes de las favelas, y las masacres, como la muerte de ocho niños de la calle por parte de la policía en 1993, parecían confirmar esta concepción. Hoy en día, el estado de Río sigue siendo uno de los estados brasileños más violentos, con 50,8 homicidios por cada cien mil habitantes en 2008. En este año, más de 6.000 personas fueron asesinadas y más de 1.000 perdieron su vida en operaciones de la policía.

A pesar de estos números, la ciudad ha mostrado últimamente señales de recuperación. Con el programa Favela-Bairro, muchos barrios irregulares fueron transformados en barrios oficiales, con infraestructura y accesos a los servicios del Estado. También hubo trabajos de restauración en el centro histórico de la ciudad y el barrio tradicional de Lapa, antiguo centro de la vida nocturna, volvió a ser frecuentado por jóvenes y turistas. Más importante todavía, la ciudad se benefició enormemente del desarrollo del sector petrolero brasileño. Con el descubrimiento de yacimientos petroleros submarinos, la gran mayoría de ellos frente a la costa del estado de Río, al gobierno local finalmente se le abrió una nueva posibilidad de diversificar su economía y de atraer personal calificado. Dado que la empresa estatal Petrobras tiene su sede en Río, siendo una de las pocas instituciones del Estado que

no se fueron a Brasilia, el *boom* petrolero también promete un fuerte auge en la recaudación de impuestos.

Los megaeventos y sus implicaciones

Para contrarrestar las noticias sobre violencia y crimen con imágenes de una ciudad alegre, la organización de grandes eventos internacionales, conocidos en Brasil como megaeventos, ha tenido una importancia especial para Río de Janeiro desde hace más de veinte años. La primera manifestación de esta estrategia tuvo lugar en 1984 con la construcción del Sambódromo, un estadio únicamente destinado a los desfiles de carnaval, que convirtió al carnaval oficial en uno más exclusivo y atractivo para los turistas, alejándolo de la calle y de los barrios pobres. En las dos décadas siguientes, vale la pena resaltar megaeventos tales como los festivales de música Rock en Río (1985, 1991 y 2001), diversos conciertos en la playa de Copacabana y los Juegos Panamericanos (2007), que sirvieron como un tipo de ensayo general para los Juegos Olímpicos. También formó parte de la estrategia eventista la Cumbre de la Tierra de 1992, gran conferencia de las Naciones Unidas sobre cuestiones del medio ambiente y del desarrollo, que ayudó a darle a Río una imagen de ciudad ecológica y orientada hacia el futuro.

Para estimar el posible efecto de Juegos Olímpicos en este contexto de *marketing urbano*, las autoridades brasileñas miran sobre todo el ejemplo de Barcelona 1992. La ciudad catalana, tras obtener los juegos, invirtió fuertemente en la modernización de su sistema de transporte, la recuperación de sus playas y el arreglo de barrios descuidados, dando así nueva vida a la zona portuaria y al barrio de Montjuic, donde se realizaron la mayoría de los

eventos. Con este esfuerzo, Barcelona, que había pasado por una fase económicamente difícil durante las cuatro décadas del franquismo e intentaba recuperar su patrimonio cultural desde la muerte del dictador, logró reinventarse como centro turístico y cultural del Mediterráneo occidental e inició un auge cultural y económico.

En contraste con este ejemplo, el corazón de los juegos de Río no afectará el centro histórico de la ciudad. Según los organizadores, la Villa Olímpica y más del cincuenta por ciento de las pruebas deportivas se realizarán en el barrio de Barra da Tijuca, una de las zonas más modernas y exclusivas de la ciudad, ubicada a unos treinta kilómetros al sudoeste del centro. Este barrio, que ha vivido un crecimiento explosivo a partir de los años ochenta, es considerado como un lugar de retiro para las clases medias y altas de la ciudad, caracterizado por centros comerciales y condominios de estilo norteamericano. Es evidente entonces que, a diferencia de Barcelona 1992, los juegos de Río servirán principalmente para valorizar una zona ya económicamente desarrollada, que aun así tiene la reputación de ser un poco estéril y desvinculada del resto de la ciudad.

Aunque el ambiente cerrado y seguro de las instalaciones en Barra da Tijuca ofrece garantías para que el evento deportivo transcurra tranquilamente, como ya se vio en los Juegos Panamericanos, también habrá algunas competiciones en lugares más conocidos por los turistas extranjeros. Hay que mencionar, entre otros, los juegos de vóley playa en Copacabana y las competiciones de vela en las aguas de la bahía de Guanabara, con vista a la silueta de la ciudad, que ciertamente figurarán entre los eventos más emblemáticos de los juegos. Las autoridades deberán hacer un esfuerzo especial para presentar

estas disciplinas al aire libre de la mejor manera posible. Para esto será crítica e indispensable la modernización del sistema de transporte en el corazón urbano y la limpieza de Guanabara, la gran bahía de más de 400 kilómetros en cuyas orillas se encuentra Río.

Obviamente, los visitantes extranjeros juzgarán a Río no sólo por categorías como limpieza y orden, sino también por la seguridad en la ciudad. En contra de las alusiones hechas en la prensa europea días después de la decisión del COI, este tema no debería ser un mayor obstáculo para los juegos, ya que la ciudad se encontrará en un estado de excepción por todo el mes de agosto de 2016. En los Juegos Panamericanos de 2007 se observó que los índices de violencia, sobre todo en los barrios donde se realizaban los eventos, disminuyeron considerablemente durante las dos semanas de las competencias. Esto ha sido atribuido a un esfuerzo especial de las autoridades para suprimir actividades criminales en los meses anteriores a los juegos, aunque también existieron rumores sobre un acuerdo “de paz” informal entre la policía y las facciones criminales. Como sea, el ejemplo muestra que la ciudad sí es capaz de mantener una cierta estabilidad, aunque ésta se sostenga solamente durante el tiempo limitado de una competencia deportiva. Además, la geografía de la violencia en Río ayuda a los organizadores, dado que los barrios más violentos en el norte de la ciudad, donde ocurren la gran mayoría de los homicidios no serán sede ni de eventos deportivos ni de instalaciones turísticas.

En este contexto, las declaraciones de los organizadores estipulando que los juegos tendrán un impacto positivo para las comunidades menos favorecidas de Río, deberían tomarse con cuidado. Los dos estadios en el norte más pobre de la ciudad, el famoso Maracanã y el recién cons-

truido Estadio Olímpico João Havelange, apenas formarán parte de las competencias, de las cuales, además, las comunidades locales sólo podrán participar si los organizadores olímpicos adoptan una política de precios adecuada. Tampoco se puede descartar un cierto cinismo en la retórica oficial de que los juegos van a ayudar a jóvenes que viven en zonas muy violentas, mostrándoles el deporte como alternativa. El deporte profesional, especialmente el fútbol, ya es una de las pocas opciones de salida para los habitantes de las favelas, y unos mil jugadores dejan el país año tras año en busca de un futuro mejor. Sería necesario darles otras opciones, comenzando con una educación básica que realmente merezca ese nombre, para ayudar verdaderamente a los jóvenes. En este sentido, los juegos sí podrían ser un incentivo para fomentar la enseñanza del inglés y la formación para puestos de trabajo en el área de turismo, tal como ocurrió en Pekín antes de los juegos de 2008.

Al fin y al cabo, debe resaltarse que los juegos tienen el potencial de volver a darle un primer lugar a Río de Janeiro en el mapa del turismo global. Los organizadores son capaces de organizar un *show* excepcional durante los juegos, pero se necesitarán esfuerzos mucho más sostenibles para superar los problemas crónicos de la ciudad. Los juegos sí se pueden prestar, sin embargo, para generar un nuevo sentido de civismo en los habitantes de la tan criticada ciudad. Para los cariocas, de los cuales un 84,5 por ciento apoyó la candidatura de su ciudad, el llamado “sueño de pertenecer al primer mundo” por algunas semanas ya es justificación para las grandes inversiones y esfuerzos a venir. Si esto llegase a resultar en un nuevo dinamismo para la ciudad después de 2016, de seguro nadie irá a presentar reclamos.

El ascenso de Brasil en el palco global

Mientras que las autoridades de Río ven a los juegos como una oportunidad de rescate de la ciudad, el gobierno federal en Brasilia tiene planes aún más audaces. Para ello, los Juegos Olímpicos de Río, junto con el Mundial de Fútbol, son nada más ni nada menos que la prueba más visible del ascenso de Brasil a la liga de potencias mundiales. No fue por casualidad que altos representantes del gobierno federal brasileño formaran parte de la delegación de Río de Janeiro en la cumbre del COI en Copenhague. La presencia del presidente del Banco Central en la capital danesa, que dedicó su discurso a elogiar los datos macroeconómicos de su país, subrayó el peso del argumento económico en la candidatura brasileña. Efectivamente, la crisis financiera y económica que ha convulsionado a las economías del hemisferio norte a partir de 2008 podría haber constituido un factor decisivo en la elección de Río, ya que la crisis hasta ahora tuvo poco impacto sobre la economía brasileña. Se necesitaba el fiasco económico en las economías supuestamente desarrolladas para acabar con las discusiones sobre la viabilidad financiera de organizar juegos olímpicos en Brasil y Sudamérica.

En un paso lleno de simbolismo, Lula ya había anunciado antes de la victoria de Copenhague que su país iba a convertirse por primera vez en su historia en acreedor frente al Fondo Monetario Internacional, comprando títulos del Fondo por valor de diez billones de dólares. La medida, hace pocos años inconcebible, demostró efectivamente el nuevo poder económico del país. Aunque sus tasas de crecimiento económico en los años 2000 no alcanzaron el nivel observado en China y otros países asiáticos, fueron muy estables durante la mayor parte de la década y las políticas sociales de Lula da Silva y de su predece-

sor, Fernando Henrique Cardoso, ayudaron a millones de brasileños a salir de la pobreza absoluta. Con la implementación del llamado Programa de Aceleración al Crecimiento en 2006, que prevé inversiones en infraestructura en torno de 200 billones de euros, el gobierno Lula dedicó su segundo mandato casi íntegramente a la modernización de la economía. Entre los proyectos englobados en este plan, figura un tren rápido entre las ciudades de São Paulo y Río de Janeiro que debería estar funcionando para el Mundial de 2014.

En el escenario político, Brasil también está surgiendo con fuerza. Al formar parte del nuevo grupo de los G-20, que está en el proceso de desplazar sucesivamente al antiguo G-8, de repente el país se encontró sentado en la misma mesa que los gobernantes de Estados Unidos y otras potencias. Anteriormente, ya era un actor decisivo en los debates sobre la Ronda de Doha frente a la Organización Mundial de Comercio, donde los brasileños se posicionaban con éxito como representantes de los países en vías de desarrollo. Dentro de América Latina, el país ya está establecido como un polo de poder y un motor del proceso de integración. Una celebración exitosa de los Juegos Olímpicos y una acogida calurosa de turistas latinoamericanos, que vendrán sobre todo de los países del Cono Sur, podrían consolidar la idea de que Brasil sí puede ser un buen representante de todo el continente.

Comparando Río 2016 con los Juegos de Pekín, ciertamente habrá algunos puntos fundamentales que separarán los dos casos. La tradición colectivista del país asiático, muy visible en la ceremonia de apertura, no tiene par en la cultura brasileña, de modo que la ceremonia de Río seguramente estará más marcada por imágenes de un país multiétnico y festivo. Más aun, parece dudoso que la selección olímpica de Brasil logrará repetir la cosecha de

medallas de China en 2008, cuando el anfitrión superó a todos los poderes del deporte y terminó encabezando, por primera vez, el medallero de las naciones participantes. Las 100 medallas olímpicas ganadas por los chinos en aquella ocasión no se comparan con las 91 medallas obtenidas por Brasil en *toda* su historia olímpica, que comenzó con los Juegos de Amberes en 1920. Es verdad, que Brasil es fuerte en algunos deportes olímpicos, tales como la vela olímpica, el vóley y, obviamente, el fútbol, y, como hemos visto en la sección anterior, son justamente estos eventos los que se realizarán en sitios destacados durante los juegos de Río. Por lo general, sin embargo, las metas deportivas de Brasil son relativamente humildes, y su selección olímpica deberá probablemente contentarse con una posición entre las diez naciones más exitosas de los juegos, como logró el anfitrión Corea del Sur en 1988.

Bajo los ojos del mundo

Lo que Brasil sí puede aprender de la experiencia china es que aun en el caso de un evento perfectamente orquestado, su percepción en la comunidad internacional puede resultar difícil de manejar. Éste fue el aprendizaje que los organizadores chinos realizaron con el recorrido de la antorcha olímpica por el mundo, el cual tuvo dimensiones sin parangón en ediciones anteriores, ya que se convirtió en una manifestación internacional contra la política china en Tíbet y en una carrera de baquetas para el régimen de Pekín. Para un país como Brasil, cuyos dirigentes no suelen estar en el centro de la atención internacional, encontrar una actitud adecuada a críticas extranjeras y evitar reacciones descaradas también puede resultar una tarea difícil.

Mientras las políticas brasileñas frente a las continuas injusticias sociales han

recibido críticas positivas, la postura del Estado frente al problema de la criminalidad es lo que más probablemente pueda resultar en reportes negativos durante la época olímpica. La sociedad brasileña parece estar cada vez más dispuesta a reprimir las bandas criminales por cualquier medio y la sociedad internacional se preocupa desde ya por la situación de los derechos humanos en las ciudades y las fronteras de colonización amazónica. En las publicaciones de Amnesty International, la impunidad de las fuerzas de seguridad brasileñas ha sido destacada asiduamente como gran obstáculo a la paz interna y, en Río de Janeiro, debates sobre si las víctimas de una operación policial eran criminales o inocentes moradores de favela hacen parte del noticiero diario. Sin embargo, la política de mano dura recibe un apoyo considerable en las clases media y alta de la sociedad brasileña y el éxito de la película *Tropa de élite*, que muestra a una unidad de policía de Río reprimiendo el crimen con asesinatos y tortura, subrayó este sentimiento.

Si Brasil adopta realmente una política de pacificación de las favelas en el verano anterior a los Juegos, es probable que la reacción internacional sea de indignación y protesta. En este contexto, vale la pena resaltar que el movimiento olímpico presenta cambios profundos en relación a los primeros Juegos Olímpicos que se celebraron en América Latina, en México en 1968. En aquel caso, la trágica Matanza de Tlatelolco, una represión violenta de manifestantes estudiantiles que ocurrió diez días antes de la apertura de los Juegos y dejó más de 200 jóvenes muertos, no impidió la celebración de los mismos y fue largamente ignorada por el COI. Sin querer comparar el Brasil democrático con el gobierno mexicano de entonces, es poco probable que una atrocidad de tal tamaño llegara a pasar inadvertida en la era de

Internet, y la sociedad global estará observando de cerca la política brasileña para garantizar unos juegos seguros y pacíficos.

Lo importante es pacificar

Aunque un estudio sobre los Juegos Olímpicos de 2016 en este momento todavía está sujeto a cierta especulación, los indicios de que tanto las autoridades de Río de Janeiro como el gobierno federal brasileño realizarán un esfuerzo extraordinario para llevar a cabo un evento exitoso y memorable son claramente visibles. Con motivos diferentes pero complementarios, estos dos actores quieren influenciar fuertemente la percepción que el mundo tiene de Brasil, presentándolo al exterior como un país estable, avanzado y atractivo para turistas e inversionistas. De hecho, los avances indudables del país han sido poco apreciados en el hemisferio norte y, si bien los mismos juegos puede que no sean un factor adicional en este proceso de desarrollo, por lo menos son una gran oportunidad para corregir los más pertinaces estereotipos del país del fútbol y del carnaval.

Sin embargo, el problema de la violencia y de la seguridad interna, tanto en Río como en todo Brasil, tiene cierto potencial de manchar la percepción de los juegos. Por otro lado, si Brasil realmente logrará disminuir su nivel de violencia antes de 2016, aprovechándose de los Juegos para incentivar un combate sostenible al crimen organizado y una verdadera inclusión económica de las fracciones más desaventajadas de su sociedad, el país con esto ya habría ganado algo mucho más importante que una medalla de oro.

Christian Rohe es estudiante de Ciencias Económicas en la Universidad de Münster en Alemania y ha vivido un año en Río de Janeiro. Correo electrónico: christianrohe@web.de.

Sarah Lindner

La imagen de la Unión Europea en la prensa ecuatoriana

Introducción

En los últimos años la Unión Europea (UE) ha crecido mucho y actualmente cuenta con veintisiete países miembros. El mercado común es un modelo positivo que viene desarrollándose constantemente desde los últimos diez años y posicionándose incluso como uno de los mercados con el producto bruto interno más alto del mundo. Este aspecto otorga a la UE una imagen exterior muy positiva, pero cabe preguntarse si ocurre lo mismo en otros aspectos de la Unión, como por ejemplo, lo social, cultural y político. Hasta la actualidad no se han podido medir estos parámetros con especificidad por falta de datos.

Los mismos ciudadanos europeos, así como los medios de comunicación, valoran a la UE de manera diferente. Algunos manifiestan su euforia y felicidad por la existencia de una organización como la UE debido al libre mercado de servicios y productos, a la libre elección de los centros de trabajos y lugares de vivienda y, especialmente, a la movilidad de sus pobladores. Otros, por el contrario, no están de acuerdo con las disposiciones y acuerdos que se toman en Bruselas porque consideran que restringen la capacidad de los países de tomar sus propias decisiones.

Las imágenes que irradia la UE dentro y fuera de sus fronteras son diferentes. Por esto, es interesante no solamente considerar la opinión de los países miembros, sino también mirar más allá. Frente a esta perspectiva, cabe realizarse las siguientes preguntas: ¿qué imagen tiene la UE fuera